

CONCEPCION FERNANDEZ-CORDERO AZORIN

## LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX A TRAVES DE LA OBRA LITERARIA DE PEREDA

Si entendemos la Historia no solamente como un arte narrativo, sino como una ciencia que investiga el pasado, comprenderemos por qué no se circunscribe únicamente al relato de los acontecimientos más importantes de una nación (historia externa), sino que además intenta averiguar las causas que han condicionado esos sucesos históricos (historia interna), las cuales suelen ser múltiples y complejas, tanto por su dinámica como por su diversa índole (económica, social, política, cultural), interfiriéndose unas con otras y actuando de una manera conjunta. A esta clase de Historia le interesa como objeto de su estudio, al intentar la reconstrucción de un determinado momento histórico, no solamente los hechos concretos y trascendentes aisladamente considerados, sino el cotidiano vivir de la masa anónima, contemplando su monótona existencia y el sujeto vulgar de la misma. Los cuadros «románticos» del genial pintor aragonés Francisco de Goya, titulados *El 2 de mayo* y *Los fusilamientos del 3 de mayo*, recogen de una manera fiel, plástica y sumamente expresiva esta irrupción del pueblo en la Historia de España como principal sujeto de la misma a partir de la Guerra de la Independencia, resultándonos mucho más interesantes que el todavía lleno de resabios neoclásicos, *La familia de Carlos IV*, delator del Antiguo Régimen. Y es que desde que comenzó el siglo XIX la monarquía dejó de ser el sujeto fehaciente de nuestro quehacer histórico, misión que va a gravitar sobre la masa popular. Esta irrupción de las masas en la Historia contemporánea española se advierte igualmente en la lectura de los *Episodios Nacionales*, de don Benito Pérez Galdós.

Hasta hace poco, la España romántica y la España burguesa eran dos nombres de escaso contenido en cuanto que sólo se relacionaban con unos acontecimientos políticos. Recientemente se ha iniciado el estudio de la vida, de las costumbres y de los tipos de la época. Se ha pretendido auscultar su ambiente espiritual y material para poder después formular unas conclusiones de índole económica, ideológica y social sobre la España del XIX. El campo de nuestra intrahistoria es casi inédito hasta la fecha:

El archivo es, sin duda alguna, el elemento útil y adecuado para descubrir y constatar hechos importantes; pero si se trata de buscar la expresión de la vida vulgar y cotidiana, ésta pasa en él inadvertida la mayor parte de las veces, por lo cual, para pulsarla, hemos de recurrir a las creaciones estéticas del momento, en las que se encuentra diluida en mayor o menor escala. La música, la pintura y la literatura, vehículos externos de los sentimientos humanos, captan con acierto el ambiente del mundo en que surgieron (así como actualmente el cinema y la televisión). Si ello ocurre siempre de modo indubitable debido a la influencia del medio ambiental sobre el autor, cuando éste voluntariamente propende a la captación del mundo circundante con todos sus matices, como acontece en la época del Realismo, nos encontramos con que la música, la pintura y la literatura constituyen unas fuentes de incalculable valor informativo para poder reconstruir esa «vida» de una determinada etapa histórica. Porque todavía resuenan en nuestro ánimo aquellas acertadísimas palabras del insigne doctor Marañón que leímos en uno de sus ensayos:

«Vida e Historia, decimos, para designar el presente encendido y el pasado muerto. Pero la Vida es Historia desde antes de nacer, y sólo es perdurable y fecunda cuando se vive, por humilde que sea, con esta preocupación. La Historia es la misma Vida de hoy y de mañana; acaso sólo con máscaras distintas. Y únicamente cuando se concibe como si se viviera es verdadera Historia.»

Y es que cada ser, con su humilde o brillante vida, con su grande o pequeña historia, contribuye a escribir las páginas de la Historia con mayúscula. Esta es la razón de que hayamos escogido la literatura como medio para lograr nuestro fin, que no es otro que penetrar en el corazón de la España del pasado siglo. Como bien dijo Julián Marías: «La novela es un instrumento precioso de investigación, mas debe ponerse primero en claro las relaciones entre la literatura y la vida efectiva.» Estos vínculos resultan fácilmente explicables: cualquier obra literaria, y en mayor grado una novela realista, es fruto de una realidad observada a través del emplazamiento social concreto del autor y de acuerdo con su peculiar tabla de valores. Para profundizar en el estudio del pretérito decimonónico español hemos escogido a uno de los más conspicuos novelistas realistas de la época de la Restauración, don José María de Pereda, portaestandarte y decano de esta corriente estética en la Península, puesto que él fue quien reveló a Pérez Galdós «la nueva dirección del arte narrativo», como éste confesó humildemente en el prólogo a *El sabor de la tierruca* (1882). No escasean las buenas monografías de crítica literaria respecto a la producción perediana: desde los juicios del gran Menéndez Pelayo hasta llegar a José María de Cossío (*La obra literaria de Pereda. Su historia y su crítica*) o a José F. Montesinos (*Pereda o la novela idilio*), y partiendo el primero y el último de posiciones doctrinales diametralmente distintas. Aunque incidiendo en una interpretación sociológica de los escritos de Pereda, se publicaron dos ensayos: el de Narciso Roure (*Pereda. Su vida y sus obras. Su significación literaria y social*, 1924) y el de Maurine Mays (*A sociological interpretation of the works of José María de Pereda*, 1926), podemos afirmar que es el nuestro el primer trabajo extenso que se ocupa de sintetizar las

opiniones del escritor de Polanco respecto a las realidades económicas, preferentemente sociales, políticas y culturales, que le rodearon. Y quizás radique aquí su único mérito.

Difícil ha resultado vertebrar este tema, ya que Pereda trató de ambientes muy heterogéneos y utilizó fuentes de observación de la realidad muy distintas. Unas veces «copiaba del natural», como ocurre en las *Escenas montañosas* y en *Tipos y paisajes*, así como en sus novelas regionales de ambiente campesino o marinero; otras se sirvió de sus recuerdos y de ese valioso órgano informativo que es la prensa, como cuando retrocede a las jornadas revolucionarias de 1854 en *Pedro Sánchez*; en ocasiones utilizó pasquines o la simple chismografía sobre las anécdotas que circulaban por el efervescente Madrid de la pasada centuria respecto a la conducta licenciosa de tal o cual dama cortesana; así acontece en *La Montálvez*. Y no solamente esto, sino que cronológicamente sus escritos van referidos unas veces a la etapa isabelina y otras a la de la Restauración, no faltando en los sucesos ubicados en aquel período supuestos pertenecientes a la última de las dos épocas citadas en que se escribieron. Al fin hemos optado por una sencilla sistemática, estableciendo tres grandes apartados encaminados a lograr un conocimiento del ambiente, de la personalidad y de la obra de Pereda. Vamos a considerar de un modo sucinto la triplicidad del medio ambiental: europeo, español y provinciano (santanderino), del cual es nuestro autor un «producto social», como dirían los sociólogos positivistas. Los tres guardan entre sí relaciones profundas al mismo tiempo que mantienen rasgos específicos.

El fracaso de la Revolución de 1848 condicionó la crisis del Romanticismo, imponiéndose la observación minuciosa de la realidad imperante. Entre la cultura realista y la romántica quedaron dos hilos de continuidad: «el auge sostenido de la burguesía y una optimista creencia en el progreso indefinido». Efectivamente, fueron los burgueses agiotistas los más fieles propagandistas (a la vez que los financiadores) de los caminos de hierro, de la máquina de vapor, en una palabra, de la implantación de la técnica, que en un principio tanto perturbó a los estratos populares. Las tesis sociales de las novelas del Naturalismo galo, con sus aceradas críticas hacia el «pragmatismo burgués», iban dirigidas al proletariado, mas como éste o era analfabeto o no disponía de tiempo ni del nivel económico que le permitieran dedicarse a ese ocio intelectual que es la lectura y a la adquisición de libros, fue la mesocracia la que asimiló tales postulados. Pero hacia 1880 el Naturalismo fue suplantado por una nueva corriente cultural: el Neorromanticismo, que vino a coincidir con la democratización de la vida. Al auge de la burguesía financiera se opone el del «cuarto estado». Ante la amenaza de esta clase insurgente, el nuevo rico (*new man*), viendo en peligro sus propios intereses, abandonó su credo político, hasta entonces liberal, para dar unos pasos defensivos de retroceso, esto es, un oportunista viraje «hacia la derecha». Una corriente de socialismo invade a Europa y los gobiernos inician una legislación laboral. El papa León XIII publica su encíclica pastoral *Rerum novarum* (1891), definiendo la doctrina social de la Iglesia católica.

Como ha puesto de relieve el doctor Jover, la clase media o «burguesía hogareña», a mediados del siglo XIX, constituía solamente el 10 por 100 del total de la sociedad española. Este sector mesocrático, monopolizador de los juicios de valor, representa

la conciencia moral del país durante el reinado de Isabel II, dictaminando lo que está bien y lo que está mal, e impulsa la corriente literaria realista. Su comediógrafo fue Bretón de los Herreros; su poeta, Ramón de Campoamor; su novelista, *Fernán Caballero* (Cecilia Böhl de Faber), datando sus creaciones, *La Gaviota* y *Clemencia*, de 1849 y 1852, respectivamente. El más importante vehículo de este realismo fue el *Semanario Pintoresco Español* (subtitulado *Lectura de las familias*), fundado y dirigido por Ramón de Mesonero Romanos (*El Curioso Par'ante*), autor de las *Escenas matritenses* y de los *Tipos y caracteres*, en cuyos títulos se inspiró Pereda (*Escenas montañesas*, 1864, y *Tipos y paisajes*, 1871). Análoga tendencia encerraron los artículos periodísticos de Mariano José de Larra (*Figaro*, *El pobrecito hablador*), pero su costumbrismo, tanto por su agria crítica como por su pesimismo, no halló un cabo de continuidad con el posterior. En historiografía cabe destacar a Modesto Lafuente, autor de una *Historia de España*, escrita en una prosa menos pulida que la de Mesonero.

Durante el período de la Restauración, los dos ejes cartesianos culturales son: el Naturalismo, que se consolida en España hacia 1870, y el Impresionismo, arte urbano que se fraguó en la exposición del Salón de los Rechazados, de París, de 1863, y cuyo nombre procede del cuadro de Claude Monet (1840-1926) titulado *Impression: So'eil levant*, pero que llega con retraso a la Península. El Naturalismo español se diferencia del francés (cuyo pontífice máximo fue Emile Zola), además de porque no cayó en el determinismo ni en la delectación morbosa de éste al contemplar el aspecto sensual y carnal de la existencia (la «bestia humana»), por unas características que le son peculiares:

- La crítica social.
- El descubrimiento de la región.
- El resurgimiento de las culturas regionales.
- Las actitudes ante la cultura europea: eropeísmo y casticismo.

El estado de la novela hispana, con anterioridad a la generación de naturalistas, es delatado por Pereda en el capítulo XIV de *Pedro Sánchez*, donde se burla de la novela patibularia, esencialmente dramática y de desenlace lógicamente imprevisible, que demuestra a su vez la supervivencia del Romanticismo entre los grupos populares y aun mesocráticos de la población española. Consecuencia de esta difusa sensibilidad romántica son las «novelas por entregas», forma mercantilista y democratizada de la literatura. Objeto de sus dardos satíricos son las traducciones de las extranjeras que circulaban por Madrid en vísperas del estallido revolucionario de 1854: *El judío errante*, *Los misterios de París*, *Los tres mosqueteros*, *El hijo del diablo*, *El conde de Montecristo...* y otras tantas versiones de las originales francesas de Víctor Hugo, Dumas, *George Sand*, Sue, Paul de Koch y Soulié.

El clímax religioso del XIX es falseado e hipócrita. El catolicismo, concebido como una fórmula social carente de contenido auténtico, es denunciado por nuestro autor, por lo que se refiere a la clase dirigente de la época de la Restauración, en *La Montálvez* (1888). En el programa de la protagonista, Verónica, se confunden los actos religiosos con los profanos:

«Su turno en el Real, su día de moda en El Español y en otros teatros más; las indispensables exhibiciones en carruaje abierto; las tareas distinguidamente devotas y benéficas de la marquesa, que a la sazón era presidenta y directora de no sé cuántas congregaciones cristianas, particularmente la de las Madres Ejemplares, fundada por ella, y la de las Doncellas Humildes y Temerosas de Dios, a la que pertenecía su hija, y por eso concurría a sus asambleas cada miércoles y comulgaba dos veces cada mes en las Calatravas, y por último, sus excursiones veraniegas por todo lo más distinguido y más caro de las regiones europeas a estos esparcimientos destinadas por la moda.» (Ob. sup. cit., parte 1.<sup>a</sup>, cap. VII.)

De donde se deduce que la «caridad» quedó sustituida por la «filantropía» (entendida ésta por la «crema fina» como una nota que daba cierto *chic*) y que la religión, minimizada por el escepticismo y el utilitarismo, sirvió para que muchos se valieran de ella para encumbrarse y escalar altos puestos sociales o políticos. En cuanto a los grupos populares urbanos hay que poner de manifiesto su violento anticlericalismo, cambio en parte condicionado por la actividad de algunos agitadores de extracción social mesocrática que exhortaban a combatir al clero en nombre del progreso. Artesanos y menestrales, así como gran parte del campesinado, mantienen su fe y una ética familiar genuinamente cristiana. En los textos del socialismo utópico español son frecuentes las alusiones a Cristo pobre y artesano y a las virtudes evangélicas. Mas se trata de un «sentimiento» (no ideología) que viene a prescindir de la práctica religiosa, excepto a lo relativo al bautismo, matrimonio y muerte, especialmente en lo que atañe al artesanado de las ciudades.

Ya que hemos hecho referencia al socialismo romántico, no omitiremos que las ideas de Fourier entraron a través de Cádiz y las de Cabet por Barcelona. En Madrid, Fernando Garrido fundó, en 1856, *La Atracción*, revista decenal socialista. De entonces data también, aproximadamente, la difusión del anarquismo romántico por el agro de Andalucía.

La falta de solidez, estabilidad y honradez de la política española fue subrayada por Pereda en sus escritos públicos y confidenciales. A raíz de la revolución de septiembre de 1868 aparecen sus libros de sátira parlamentaria, feroces caricaturas, tanto del sistema «importado» cuanto de los ineptos «politicastos» que asumen las riendas gubernamentales: *Los hombres de pro* (1871), *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1879), *Pedro Sánchez* (1883). De todas estas lecturas se extrae la conclusión del carácter falseado del sufragio español; las elecciones se presentan como una mera comedia. ¿Qué otra cosa es el viaje electoral de don Simón de los Peñascales? Sus agentes le presentan ante los caciques rurales «como persona independiente, con treinta mil duros de renta y mucho talento», siendo, en realidad, la única causa de la promoción a la vida pública de este caldista enriquecido su posición económica aventajada. El viene a ser un representante de la «oligarquía del cereal y del olivo» enquistada en el poder en frase de Joaquín Costa.

Los reflejos políticos que advertimos en las cartas de Pereda son tan negativos como en sus novelas:

«Lo peor es que aquí (Madrid) no se habla de otra cosa; quiero decir, de elecciones..., o mejor aún, de los *pucherazos* del domingo. Esto es una peste: y no lo digo por el "sistema", sino por el vocerío que verás reflejado en la prensa por sus cuatro planas que no leo...» «Si no fuera porque estoy persuadido de que todo lo que es política o se roza con ella es una charca hedionda, me asombraría el resultado de esas elecciones... Y aún puede verse algo más puerco todavía, pues en este momento aún no sé qué se ha hecho con esas *actas en blanco*...» «Lo propio sucede con la política y los políticos vistos de cerca. Esto es un lodazal, y lo que es peor, sin remedio conocido...» «Mi ida al Congreso anteayer dio resultados... ¡Cuántas (cosas) y qué peregrinas y ridículas he aprendido aquí de este *imbécil representante!*...» «Las exigencias de esas *pan-dillas caciqueras* obligan a esa indecencia y a mucho más. Así es nuestra política, mande quien mande, y así nos luce el pelo. Al fin siempre hemos de ser mandados por los últimos eslabones de la cadena de reyezuelos que arranca de estos podridos centros.» (*Cartas de Pereda a José M.<sup>o</sup> Quintanilla*, C. 38, 52, 55, 46.)

El matiz tendencioso y partidista de la prensa hizo que don José M.<sup>o</sup> cobrara tremenda inquina a este órgano al servicio de la información ciudadana. Ya en su artículo *Los zánganos de la prensa* («La Abeja Montañesa», julio de 1864) tachó de tales a los periódicos provincianos que, en vez de dar a luz artículos originales, empleaban la «tijera», publicando «recortes» de los de Madrid. La pasión de partido de los diarios madrileños fue duramente criticada bajo el epígrafe *Por lo que valga* («El Tío Cayetano», 15 de noviembre de 1868). Pero las acusaciones más fuertes contra la parcialidad de la prensa cortesana las contiene el capítulo titulado «Palique», de *Nubes de estío* (1891).

Dentro de la vida cultural española del último tercio del XIX hay que resaltar la escisión de nuestra intelectualidad en dos bandos irreconciliables: los «espíritus fuertes» y los «neocatólicos o ultramontanos». Mientras la tendencia europeísta está encarnada por las figuras más destacadas de la Institución Libre de Enseñanza (Giner de los Ríos, Sanz del Río, Azcárate, Salmerón, Manuel de la Revilla...), el sector casticista o tradicional tiene como paladín a Menéndez Pelayo. La divergencia de pareceres cristalizó en las polémicas, a propósito de la Ciencia Española, entabladas entre don Marcelino, Manuel de la Revilla, José del Perojo y el padre Fonseca. Por su parte, Pereda contribuyó a vapulear en la medida de sus posibilidades, mucho más modestas, a la «jerga alemanesca» y las innovaciones por ella patrocinadas (filosofía hegeliana, darwinismo, poligenismo, krausismo, etc.). Entre los escritos que contienen sendos varapalos cabe citar: «Un sabio» (*Tipos trashumantes*, 1877); *De tal palo, tal astilla* (1880), donde se censura el positivismo, y *La Montálvez* (1888), en el capítulo X de su parte 2.<sup>a</sup>

Por lo que se refiere a la provincia de Santander, hay que considerar como ca-

racterística esencial de su habitat rural la dispersión en caseríos y pequeñas aldeas, provistos aquéllos de amplia portalada que deja paso al zaguán, por el que se entra directamente a la cocina, centro de la vida doméstica, donde en las noches de invierno se celebraban las «hilas» al amor de los tizones. La casa solariega de la montaña constituye un tipo especial, la «torre», del cual hay precedentes en Santillana del Mar, y que se define en el siglo xvi. (Vid. *Peñas arriba*, cap. xv.) El lenguaje popular, el «montañés», tiene giros y desinencias de raigambre arcaica que hacen que algunas novelas peredianas no puedan leerse sin ayuda de un glosario. Las costumbres típicas de la montaña están archivadas en las obras de don José M.<sup>º</sup>, salvaguardador de la tradición de su región: las bodas, los banquetes fúnebres, las «marzas», las «derrotas» o apertura de las mieses al ganado con el juego de los mozos a la «cachurra» o «brilla», las «magostas» de castañas, las ferias y romerías, los repartos comunales de la hierba del «prao-concejo», han quedado amorosamente recopilados para siempre.

La propiedad agrícola estaba repartida bastante equitativamente, llegándose a una parcelación excesiva (minifundio) en la parte occidental de la provincia. La existencia de censos enfiteúticos a largo plazo (el «fetosín»), los vínculos paternofiliales que unían a los propietarios con sus trabajadores, el sentimiento de resignación cristiana de éstos que llegaban a concebir la vida como un tránsito o «valle de lágrimas» (era frecuente en su boca la frase estoica: «De pobres no hemos de salir») son otras tantas circunstancias que nos explican, de un lado, que Pereda llegase a predicar machaconamente en sus novelas un patriarcalismo cristiano, revisado conforme a los tiempos modernos, como organización social de las aldeas de la montaña, y por otro que, dadas estas relaciones cordiales entre amos y colonos, hacia los años 20, previos a la guerra civil del 36, proliferara en esta provincia el sindicalismo católico, contrastando con las posiciones extremas (anarquismo) del campesinado de Andalucía, donde predominaba el latifundio como expresión del régimen de propiedad de la tierra.

En cuanto a la capital santanderina, hay que destacar el auge de su burguesía financiera, enriquecida por el comercio harinero de exportación a las Antillas, vinculado al incremento de la producción cerealista castellana. Por los decretos proteccionistas de 1820 se había prohibido que las regiones españolas periféricas se abastecieran de trigo extranjero y se reservó a España el suministro de harinas a sus enclaves antillanos. Continuando el proceso del siglo xviii, Santander suplantó a Bilbao en la misión de expedir, a través de su puerto, el trigo castellano que se molturaba en sus fábricas y que desde 1840, en que se terminó el canal de Castilla (pudiendo llegar las barcazas hasta Alar del Rey, al pie de la cordillera Cantábrica), era allí trasladado por carretas de bueyes. Ante la prosperidad de este negocio muchas antiguas ferrierías se convirtieron en molinos. En 1854 se inauguró la fábrica de harinas de Campogiro, movida a vapor, y le siguieron otras después. En 1866, el ferrocarril cruzaba la cordillera, enlazando Alar con Santander; los carros dejaron paso a los convoyes ferroviarios, aumentando la producción y la exportación. Los buques que llevaban harina a Cuba y Puerto Rico traían como flete de retorno azúcar, y en la plaza se especulaba con ambos géneros. Este comercio sufrió las alternativas

de la insurrección y periclitó con la pérdida de las Antillas. La exportación harinera española, que había conocido sus años dorados entre 1875 y 1881 (de 37.000 a 90.000 Tm.), decayó paulatinamente en los sucesivos, reanimándose durante la última contienda separatista (1895-1898) con exportaciones del orden de las 50.000 toneladas métricas, y casi se extinguió desde la Paz de París (600 Tm. en 1902). El desastre colonial, que tanto quebranto supuso para la industria harinera, vino, en cambio, a redimir a la remolachera, puesto que desde 1897 cesaron prácticamente las importaciones de azúcar cubano (8.000 Tm. respecto a 76.000 en 1890 y 1892), y solamente llegaron a España 500 Tm. en 1900.

En *Pedro Sánchez* (1883) se alude a estos particulares reiteradamente, y así, en el viaje que realiza el protagonista desde su aldea a Santander, saliendo de una senda tortuosa al Camino Real de Valladolid, su padre le explica:

«Estos carros que tanto te llaman la atención van de Reinosa o de Alar del Rey, cargados de harina, a Santander, donde se embarca para medio mundo; todos son montañeses que se dedican a este tráfico. Las filas que pasan por nuestra derecha van de vacío. Cuando se haga el ferrocarril que ahora se proyecta entre Alar y Santander, concluirá esta carretería. ¡Gran beneficio para la agricultura, harto descuidada en las comarcas vecinas al camino real!... Estos grandes edificios, junto a los cuales vamos pasando, son almacenes para depositar el trigo de Castilla, que viene en carros, como la harina, y se embarca en estos buques cuyos mástiles te parecen salir del monte. También esto morirá cuando se haga el ferrocarril..., si se hace.» (Ob. cit., cap. III.)

Nuestro autor, en el cuadro titulado «Dos sistemas» (*Tipos y paisajes*, 1871), vino a tipificar el comercio santanderino en la conducta de dos generaciones: un padre y un hijo, «representativos» de dos tácticas distintas mercantiles. Mientras don Apolinar de la Regatera es el exponente de un capitalismo avaro y egoísta que opera al modo tradicional, sin conocer el riesgo en la especulación, ni las sociedades de crédito, ni las acciones, pues todas sus aspiraciones se cifraban en acumular talegas llenas de monedas de oro, y que no ha hecho nada por mejorar el aspecto urbanístico de Santander, que no pasaba de ser «una aldea grande con casas muy viejas y calles irregulares, donde el confort no se conocía», el hijo trae de Francia e Inglaterra, donde se había educado, un nuevo sistema comercial caracterizado por la vivacidad, la prisa, la creencia excesivamente optimista en el progreso rayana en la ligereza. Este corte generacional está representado en *Sotileza* (1885) por el cambio de actitud mental que la técnica suscita en don Venancio Liencres, quien evoluciona de una posición hostil y preventiva a una franca euforia.

«El comercio de Santander es hoy por hoy —afirma el armador de *La Montañesa* al capitán del buque, don Pedro Colindres— pan de flor; poco, pero bueno; y oro molido llegará a ser si la codicia no nos ciega, si no hacemos locura... como ésa..., la de que podría ser conveniente un camino de hierro entre Alar y Santander, a imitación del que

se está haciendo entre Aranjuez y Madrid, y una línea de vapores entre este puerto y la isla de Cuba. ¡Caminos de hierro! ¡Vapores! Aventuras de loco; calaveradas de gente levantisca que tiene poco que perder y quiere probar fortuna...» (Ob. sup. cit., cap. VIII.)

Pero...

«... bastó con que le buscaran con arte las cosquillas de sus debilidades para ser el primero en acudir a las juntas preparatorias, y el primero en hablar en ellas para ponderar las ventajas incalculables de la atrevida empresa, y no de los últimos entre los principales accionistas y de los más apasionados en la batalla que se libró más tarde sobre si el camino habría de ir por la derecha o por la izquierda, y hasta se presume que metió una vez la pluma en el *Despertador Montañés* para contestar a ciertas agresiones embozadas que creyó ver en *El Espíritu del Siglo*, cuando estos dos periódicos, órganos respectivos de los bandos beligerantes, andaban tirándose los trastos a la cabeza. Aplaudió el establecimiento de las líneas de vapores entre este puerto y otros franceses del Atlántico... y, en fin, hasta mordió después el cebo de las primeras sociedades de crédito que se colocaron en la Montaña después del ferrocarril. Perdió bastante el apego al viejo sillón de su escritorio, y se dio con entusiasmo al negocio ilustrado con peroraciones elocuentes y escollos luminosos en las aceras del Muelle y en el Senado del Círculo de Recreo.» (Ob. sup. cit., cap. XIII.)

La misma mentalidad «progresista» (de nuevo sistema) está tipificada o ejemplarizada en *Nubes de estío* (1891) por don Roque Brezales, entusiasta partidario de los proyectos reformistas de Sancho Vargas expuestos en *La Alianza Mercantil e Industrial para el fomento y desarrollo de los intereses locales* (ob. cit., cap. III). En un monólogo confiesa el primero: «Pago, porque no se diga, la suscripción de tres periódicos de Madrid, que no leo; estoy abocado a una gran cruz, y no conozco otros libros que los de mi casa de comercio.» (Idem, cap. IV.)

Aunque Pereda arrojó reiteradamente sus flechas satíricas contra la oligarquía harinera, cuando después de 1881 comienza a decaer este comercio, olvidando el encono que le producía, intercede a su favor por medio de una carta dirigida a Menéndez Pelayo:

«Trátase de que Cánovas vea con detenimiento una especie de instancia que le dirigen varios harineros de aquí, quejándose por los perjuicios que se les causa, y al comercio en general, con las ventajas concedidas a la harina de Estados Unidos en nuestras Antillas. Realmente el asunto es de vital interés para esta plaza mercantil, y yo celebraría en el alma que los solicitantes consiguieran su intento, y doblemente que el "milagro" fuera debido a tu intercesión, ya directa con Cánovas o por tabla con Pidal.» (Santander, 9 de febrero de 1884.)

Contrastando con la riqueza improvisada de los comerciantes del muelle, la ergología infrahumana de los pescadores que habitaban en las calles Alta, del Mar, del

Arrabal y de En Medio, barrios en cuyas casas, típicas por sus balconadas de madera, tenía su miserable reducto terrestre esta avezada raza de anfibios. Su probidad era tal que con algún que otro azumbre de aguardiente, un pedazo de borona y un par de arenques pasaban la dura jornada exponiendo en ocasiones su existencia a los riesgos de la galerna. Estos rudos hombres que veían crecer a sus hijos durmiendo en el suelo, sobre un puñado de redes y en un régimen de promiscuidad sexual que bien podría haber inspirado los horrores descritos por Zola en *Germinal*, no tenían más protección que la anacrónica de los dos cabildos (reminiscencia de las cofradías medievales), y ante su ineficacia muchos se dejaron captar por las promesas del socialismo, como advierte Pereda en *El fin de una raza* (1880).

Considerado así el medio ambiental (en su triple facies) que rodeó a nuestro autor y como éste lo describió en su obra de una manera testifical, pasemos a analizar brevemente su índole humana. Nació don José María en Polanco, el 6 de febrero de 1833, y falleció en Santander, en 1.º de marzo de 1906. Era el último de los veintidós hijos habidos del matrimonio de don Juan Francisco de Pereda y Fernández de Haro, natural de Polanco, con doña Bárbara Sánchez de Porrúa, nacida en Comillas. Fue la familia de nuestro biografiado una de las más representativas de la clase social hidalga de la montaña. El padre, don Juan Francisco, vino a encarnar el prototipo de caballero campesino que él retratará en sus libros. Hombre de conducta ejemplar e irreprochable, muy vinculado, aunque de modo platónico y no activo, a las ideas tradicionalistas, dejó las riendas de su casa en manos de su esposa para situarse en un discreto segundo plano. Tenía la dama una personalidad rotundamente caracterizada, inteligente y acendradamente piadosa; era aficionada a recrearse en la lectura de los escritos místicos y ascéticos de nuestros autores del Siglo de Oro: Santa Teresa, el padre Rivadeneira, fray Luis de Granada. Vino a imprimir a su hogar un tono monástico: en él se rezaba a cada hora del reloj y se tenía reglamentada la vida con rigor ascético. Una vez por año asistía al vecino monasterio de las Caldas de Besaya para hacer ejercicios espirituales, en cuya capilla presencié sus propios funerales a imitación de lo que la leyenda, no comprobada históricamente, refiere del emperador Carlos V en Yuste.

Le vinieron, pues, a Pereda los dos puntos rectores de su pensamiento: catolicismo y carlismo, de «herencia», y a este ideario, concorde con la extracción social de su familia, se adhirió con todas sus fuerzas. El sentido religioso de la existencia y la concepción tradicional de la política son los dos sólidos cimientos sobre los cuales se alza el edificio ideológico perediano. Ellos constituyen la clave de las tesis políticas y sociales de sus novelas: el orden social descansa sobre la ley religiosa y moral; aquí radica la «verdad», la «belleza» eterna e inamovible.

Fue la vida de Pereda, según Pfandl, un ejemplo clásico, «enmarcada en rasgos de grave serenidad, sin incidentes ni tropiezos, sin contrastes violentos ni empresas exteriores que pueden suspender la atención o atraer la curiosidad; recatada en la intimidad familiar y discurriendo plácidamente en el ambiente tranquilo de Polanco y Santander». Este «provincianismo» fue vocacional y voluntario, y por raro privilegio del destino no le impidió alcanzar renombre universal. El ideal de vida de nuestro autor consistió en un repliegue sobre los horizontes de los paisajes cántabros

que tan magistralmente describió en una «áurea mediocridad» compartida con su esposa, doña Diodora de la Revilla y Huidobro, y con los hijos que ésta le da y Dios le quita casi conforme vienen al mundo, de los cuales sobrevivieron cinco: María, Juan Manuel, Salvador, José y Vicente. En Polanco llevaba el novelista un sosegado vivir aldeano adaptado en todo al patriarcalismo bucólico, al que con tanta insistencia propendió en sus novelas campesinas, rodeado de los rústicos de su patriarcal república, en contacto directo con el «pueblo», no por *dilettantismo*, sino porque habían quedado muy atrás los resabios señoritiles que acusan sus primeros escritos costumbristas: *Escenas montaÑesas* (1864) y *Tipos y paisajes* (1871).

La vida de Pereda fue un «idilio» solamente truncado por el suicidio de su primogénito Juan Manuel, y este idilio cálido e íntimo aparece reflejado en las «églogas» de sus novelas. Su bucolismo, en un principio «reaccionarismo sentimental» contra el vendaval demagógico de la revolución de 1868, dejó paulatinamente de ser prefabricado o artificioso para convertirse en algo «vívido», sacado de la experiencia personal del propio autor. *Sicut vita...*, la obra.

El interés histórico-literario de la producción literaria del escritor montaÑés estriba en que en ella se da la transición del costumbrismo de la época de Isabel II a las novelas plenamente realistas o naturalistas de la etapa de la Restauración. De varios de los temas que habría de tratar en las *Escenas montaÑesas* y en los *Tipos y paisajes* encontramos precedentes en *Los españoles pintados por sí mismos*. Es de notar cómo en revistas como el *Semanario Pintoresco Español*, que tan decisivamente había de contribuir al descubrimiento de las regiones y de los pueblos de España, escaseen los artículos referidos a la montaña. Solamente Enrique Gil había tratado de los pasiegos; Esperón escribió un artículo titulado *Santander y Provincias Vascongadas* (1848); y hay algunos rasgos de costumbres salidos de la pluma de M. de Assas. En las dos series de las *Escenas* (1864 y 1871) se acusa el influjo directo de Mesonero Romanos y de *Fernán Caballero*, de los que difiere, sin embargo, por su antipopularismo artístico. Al igual que el italiano Carducci, tampoco Pereda tiene por entonces «fe en el pueblo», y desprecia a la plebe, sobre todo al campesinado, como se deduce de la lectura de *Suum cuique*:

«Viviendo en medio de tus paisanos, llegué a detestar su trato, porque su ruda sencillez hería con frecuencia mi formalidad. Con mis títulos de hombre civilizado fui muchas veces objeto de risas y chacota entre los mismos que tan lejos están de mis luces y de mi educación; y, salvas las distancias, sucedíame lo que al poeta de las incultas regiones del Ponto Euxino. Como él, exclamé en mis adentros más de dos veces: *Barbarus hic ego sum, quia non intelligor ulli*. Porque entre estos seres incultos, el más bárbaro pareczo yo, que no puedo hacerme comprender de nadie, al paso que soy víctima de las miserias de todos... Que he de contagiarme de estas mismas no tiene duda... Y no quiero decir que estos aldeanos sean de peor condición que los de otros países, no, señor; tus convecinos son, tal vez, mejores que todos los demás campesinos de la Península, por más de un motivo, pero, al fin, son aldeanos, y basta... Cada uno

necesita para vivir el elemento que le ha formado: el hombre culto, la civilización; el salvaje, la Naturaleza. *Suum cuique...* Conque a Madrid me vuelvo.»

Tales son las palabras que al mayorazgo Silvestre Seturas dirige su huésped, un político cortesano. En 1864, cuatro años antes de la eclosión revolucionaria de septiembre, Pereda cree que no cabe avenencia alguna entre el hombre de la ciudad y el de los campos, entre el ser primitivo y el cultivado. En 1895, el protagonista de *Peñas arriba*, Marcelo, razona de modo muy distinto:

«Tenía razón Neluco cuando afirmaba que el hombre de inteligencia cultivada lleva en sí propio los recursos necesarios para vivir a gusto en todas partes, con tal que no trueque los cabos de la polea y se empeñe en subir lo que está abajo en lugar de bajar lo que está arriba, hasta conseguir el nivel de ideas apetecido para un fin determinado.»

Es el intelectual quien debe descender hasta la plebe y «hacerse pueblo» y no pretender intelectualizar a la masa. Este cambio ideológico del autor es producto tanto del impacto ejercido por el Neorromanticismo hacia los años 80 (sentido democrático y vitalista de la vida), cuanto de una vivencia personal de otra índole que la estética: la contemplación de la revolución del 68 que revisó el principio de autoridad en el campo, poniendo en tela de juicio la justificación de los poderes y de las obediencias, la sumisión del labriego (el colono, el aparcerero) al propietario de la tierra. Después de esta subversión política varía la apreciación de los «tipos» populares en los que don José empieza a ver los elementos más sanos física y moralmente de toda la nación. Así sucede en *De tal palo, tal astilla* (1880), *El sabor de la tierra* (1882) y, sobre todo, en *Peñas arriba* (1895).

Si don José pasó del género narrativo menor al de la novela, insertando en ésta cuadros de colorido y sabor local montañés que recuerdan su primera etapa de costumbrista, y que después irá regateando conforme se consolida en el terreno de la novelística, ello se debió al consejo de Menéndez Pelayo. Vino a ser el escritor polanquino el pionero en el descubrimiento de los paisajes de la vertiente cantábrica, y en su irrupción en nuestra república literaria, quien trazó a la novela española «el seguro camino de la observación natural». En su obra se dan los caracteres específicos del Naturalismo hispano.

La crítica social de la clase dirigente que habita en Madrid ya se advierte en *La mujer del César* (1870), uno de los *Bocetos al temple*. Pero donde más incisiva e implacable resulta la acrimonia contra la élite española es en sus dos novelas cortesanas: *Pedro Sánchez* (1883) y *La Montálvez* (1888).

El descubrimiento de la región queda constatado en las de ambiente regional: «idilios campesinos o marítimos», surgidos a raíz de 1880. En ellos Pereda, si no por convicción intelectual sí por instinto y sentimiento, se va a mostrar no solamente tremendamente misoneísta, sino cerradamente xenófobo. Su ideal es la pureza de la tribu o del clan recluso en cada valle, incontaminado de los «aires de afuera» gracias a una naturaleza bravía. Desprecia al «espíritu moderno», a la «técnica» y

al «progreso» porque cree que con su rasero uniformador van a acabar con lo peculiar de la montaña: con sus costumbres y con sus tipos. Entre los montañeses que habitan en una aldea se da una vida primitiva, apacible, patriarcal, amasada de un catolicismo confiado y sin problemas que el novelista juzga concorde con la tradición de la «casta» española y con su propio ideario e ideal de vida.

Este descubrimiento de los rasgos específicos de la propia región determina un renacimiento del pasado histórico-cultural santanderino, cuyo fruto más sazonado vino a ser el álbum *De Cantabria* (subtitulado *Letras. Artes. Su historia. Su vida actual*), editado en 1890 por la imprenta y litografía de *El Atlántico*, periódico perediano que pretendía la consecución de análogo propósito. En su confección colaboraron Pereda, Angel de los Ríos, Amós de Escalante, Marcelino y Enrique Menéndez Pelayo, José M.<sup>a</sup> Quintanilla, el catedrático Laverde, Ricardo Olarán y otros ingenios menores. Ya *La Tertulia*, editada por Mazón, y la *Revista Cantabro-Asturiana*, así como las veladas literario-musicales de la Sociedad Cantábrica de Amigos del País, cuya sección segunda presidía Pereda, habían intentado con anterioridad fomentar el progreso intelectual y artístico de Santander, cuya atmósfera cultural juzgaba nuestro novelista enrarecida al afirmar que en la ciudad cantábrica no se leía otro libro que el Mayor.

No faltaron los contactos con los hombres de la *Renaixença* catalana. En 1884 estuvo Pereda en Barcelona, donde Narciso Oller, Miquel y Badía, Vidal de Valenciano, Blanchet, Federico de Rahola, Melchor de Palau y mosén Jacinto Verdaguer le prodigaron toda clase de agasajos, tendiéndose una red de mutuas simpatías que había de culminar con el singular honor para Pereda de ser mantenedor de los Juegos Florales celebrados el 8 de mayo de 1892, leyendo Cabot y Rovira su discurso sobre el «Regionalismo», vertido al catalán por Oller. Bajo este «montañesismo» afectivo, romántico, había cierto matiz político, un afán descentralizador puesto de relieve en los ataques dirigidos contra Madrid en *Pedro Sánchez*, *La Montá vzz* y *Nubes de estío*, o en el ideario autonomista que en *Peñas arriba* (cap. XIV) expone el *Sordo de Provedañó* como una justa protesta contra el jacobinismo del movimiento liberal español del 800. Aunque la novela apareció en 1895, la acción de la misma se retrotrae a 1870, fecha en que vino a ser bastante comúnmente compartida la aspiración a una autonomía municipal que en el caso de Pereda creemos está más bien relacionada con el afán de articular a España según sus antiguos fueros o privilegios que con el federalismo de Pi y Margall, causa del cantonalismo anárquico de la Primera República.

«Yo le diría al Estado desde aquí: Tómate en el concepto que más te plazca, lo que en buena y estricta justicia te debemos de nuestra pobreza para levantar las cargas comunes de la Patria; pero déjanos nuestros bienes comunales, nuestras sabias ordenanzas, nuestros tradicionales y libres concejos; en fin (y diciendo a la moda del día), nuestra autonomía municipal...» (Ob. sup. cit.)

Leyendo la correspondencia epistolar de Pereda con Oller, Juan Sardá, Teodoro Llorente, Vicente Medina y Federico Urrecha, observamos cómo el primero alentó

moralmente a estos escritores periféricos en su noble intento de contribuir al mayor lustre de una literatura regional catalana, valenciana, murciana o vasco-navarra. Sin embargo, una carta (Polanco, 13 de julio de 1899) dirigida a una admiradora residente en Sitges, la señorita Rita Bonaprés, descubre los temores que le habían despertado las Bases de Manresa de 1892, con las que Valentín Almirall demostró, de manera fehaciente, que la lengua vernácula catalana, además de emplearse como medio de manifestación estética, podía servir para demandar una soberanía autónoma. Hay que tener *in mente* la politización del catalanismo para comprender la causa del reaccionarismo que encierran estos párrafos epistolares. Aunque don José se confiesa tan defensor y entusiasta del movimiento literario renacentista catalán, como lo fuera en *Nubes de estío*, asevera que «en lo vidrioso del caso» juzga siempre poco cuanto se haga en pro de la patria chica y un pecado la tentación de «mirar con malos ojos a la patria grande».

La posición casticista perediana se aprecia tanto en el aludido discurso de mantenedor de los Jocs Florals de Barcelona (1892) como en el parlamento de recepción en la Real Academia Española (1897), con el que intentara dar una definición sobre la «novela regional». Años atrás, el artículo *Un sabio*, de la galería de los *Tipos trashumantes* (1877), cruel caricatura de las autoridades máximas del movimiento krausista español, vino a depararle una pública polémica con Juan Antonio Gavica, periodista local adicto en política al partido republicano demócrata de Ruiz Zorrilla. En el transcurso de la discusión, el novelista se vio asistido por Menéndez Pelayo. En este mismo año expuso sinceramente a Pérez Galdós su concepto tradicional de la Historia de España y de la política española por medio de una misiva (Santander, 14 de marzo de 1877):

«Ignoro si los liberales son la causa de la corrupción de costumbres españolas desde el año 12... Si esos caballeros dejaron sin fe a la patria de Isabel la Católica puede admitir dudas; pero no las hay en que desde aquella misma fecha nos dejaron sin colonias y como el gallo de Morón; lo que se sabe es que cuando España ha valido algo no imperaban las ideas liberales; lo que la Historia enseña es que, bajo el imperio de un César o de un rey a la antigua usanza, se acometieron aquellas empresas, se consumaron aquellas hazañas portentosas que son hoy el único blasón de nuestra nobleza.»

Y añade:

«A pesar de los irrefutables argumentos que me da la Historia contra el liberalismo de ahora, no me atrevo a asegurar que él sea la "causa" del actual relajamiento de virtudes morales y políticas; antes le tengo por "efecto" de nuestra idiosincrasia nacional. No a todos los pueblos ni a todas las razas se adaptan unas mismas costumbres. Cuando se trataba de dar cintarazos y de acometer inverosímiles aventuras, España estaba en primera fila, porque nacimos cortados para eso. Quizá se cumplió entonces nuestro destino. Desde que los pueblos han tomado rumbo

más prosaico, España no sabe qué hacerse para matar el tedio que la abrumba; y por eso conspira y "guerrillea" y corrompe en la holganza sus viejas virtudes. Pensar que todos estos males, que son hijos de nuestro carácter y forman parte de él, se han de remediar con la libertad de cultos o con otras libertades parecidas es por lo menos tan "inocente" como el propósito de hacernos felices sin otro esfuerzo que resucitar la "ronda de pan y huevo". Nuestra decadencia, pues, bien pudiera ser otro destino que se cumple, hasta que años o siglos andando suene otra vez la épica trompa y volvamos de nuevo a "desfacer agravios". En instancia, amigo mío, no está bastante demostrado que los viejos sistemas puedan acabar con nuestra enfermedad; pero es indudable que las medicinas modernas nos van matando poco a poco.»

La derrota colonial de 1898 vino a robustecer el doctrinarismo casticista y tradicional de Pereda. En una carta (13 de julio) a su primo Domingo Cuevas se lamenta:

«Estos inauditos desastres de la guerra me tienen atolondrado... Dicen que viene el yankee. ¡Ojalá sea verdad, si se logra con ello hacer patentes las vilezas de estas políticas que a tales extremos nos han conducido y se lo lleva todo el demonio de una vez para siempre.»

Tal preocupación por España enlaza el pensamiento perediano con distintas corrientes ideológicas. Al igual que los dos grandes historiadores de su tiempo, el estadista Antonio Cánovas del Castillo y el portugués Joaquín Oliveira Martins, don José consideró la grandeza hispánica de la época de los Austrias como un «milagro irrepetible»; tal vez suene de nuevo la épica trompa y volvamos a «desfacer agravios», comenta añorando las empresas megalómanas y quijotescas del glorioso pasado ibérico, pero lo dice en un tono tan melancólico como poco convincente. En el terreno de las realidades prácticas, a partir de 1883, el Instituto de Reformas Sociales, organismo oficial, comenzó una encuesta con el propósito de conocer la situación auténtica y no meramente formal del país, y en 1890 (coincidiendo cronológicamente con la novela realista), un grupo de hombres de ciencia inicia, por su parte, la tendencia de observar la realidad del paisaje y del pueblo español (no con una finalidad estética, como los literatos, sino para formular conclusiones de tipo científico). A la cabeza del grupo figura Lucas Mallada, ingeniero de minas, autor de una obra definitiva, *Los males de la patria*, que denuncia la pobreza y el atraso de nuestra nación. Varios sociólogos van a ocuparse del mismo tema, entre ellos: Joaquín Costa, Macías Pica-vea e Isern. El primero diagnostica la enfermedad endémica que corrompe al cuerpo patrio: «Oligarquía y Caciquismo», y para remediar quirúrgicamente un mal de raíces tan hondas, lanza una consigna positivista: «despensa, escuela y doble llave al sepulcro del Cid». Con su dictamen, partiendo de premisas distintas, coincidió Pereda al ensañarse con los caciques rurales y con las trapisondas electorales organizadas por pardillos seudoliberales, aldeanos al servicio de la oligarquía de la ciudad, amparada ésta por el diputado a Cortes y el diputado por el ministro. Recuérdense, entre otros escritos: *El tirano de la aldea*, *Los hombres de pro*, *Don Gonzalo*, *El sabor de la*

*tierruca* y *Peñas arriba*. Semejante examen revisionista o trabajo cognoscitivo acerca de las lacras españolas se realiza dentro de una Europa en la que los pueblos germanos y anglosajones detentan la primacía científica y técnica a la par que se hallan endiosados por un auténtico complejo de superioridad política y racial. Como lógica reacción sobrevino la toma de conciencia de agotamiento y senectud de los pueblos del ámbito meridional y mediterráneo europeo, y así, en 1901, era traducida al castellano la obra del italiano Sergi titulada *La decadencia de las naciones latinas*. En nuestros días, el doctor López Ibor ha dedicado un interesante ensayo al *Complejo de inferioridad de los españoles*.

El contraste entre una España pobre y mal gobernada y una Europa nórdica y anglosajona prepotente y hegemónica, vino a obsesionar a nuestro novelista, siendo el sutil hilo de continuidad que le une a la *Generación del 98*. Ante las derrotas españolas en Cavite y Santiago de Cuba por un pueblo joven, pletórico de energías y «advenedizo» en la Historia, en la dialéctica entre «europeización o casticismo» optó por este último en la consideración de que si nuestra «casta» era inferior desde el punto de vista industrial y tecnológico, aventajaba a germanos, anglosajones y *yankees* en otros aspectos más trascendentales: sentido religioso de la existencia, virtudes humanas, equilibrio integral en cada personalidad, o lo que es lo mismo, el hallazgo de un contrapunto frente a la disgregación anímica, y estos valores los encontró en el marco regional de su montaña nativa. Antes que Unamuno, don José pronunció, de una manera tácita, «Me duele España». Igual antecesión cronológica respecto a la frase del rector de Salamanca («que inventen ellos») viene a significar el comentario, lleno de amarga ironía y escepticismo, hecho a Galdós a propósito de los experimentos del submarino: «¿No saldrá castaña lo de Peral?» (Santander, 9 de febrero de 1889.)

Consecuencia lógica del misoneísmo y la xenofobia ya apuntados, es la inquina de Pereda hacia la clase dirigente de la época de la Restauración que, ganada por el «espíritu moderno», vive en Madrid en constante mimetismo de la moda inglesa o francesa. Su repulsa hacia la nobleza cortesana, «cínica, mixtificada y diletante», que va entroncando con la burguesía financiera, persiguiendo así la simbiosis de los blasones con el metal, es absoluta. Frente a su mentalidad materialista y positivista contraponen los ideales románticos de la pequeña nobleza o hidalguía provinciana. Valiéndose del «señor de la torre de Provedano» que describe a Marcelo el blasón de su casa solariega, alude a la distinta evolución de una y otra:

«Desde entonces (batalla de Villalar de 1521, que resolvió la guerra de las Comunidades a favor del cesarismo de Carlos V y en contra del patriciado urbano, los municipios castellanos y la pequeña nobleza), amigo mío, las casas de mayorazgos y parientes mayores de la montaña no tuvieron poder más que para pleitos o para poner una pica en Flandes, un aventurero en América o un voluntario como el manco insigne de Lepanto, mientras los Grandes se disputaban, por las antecámaras o retretes de palacio, los virreinos y encomiendas, o las llaves de su servidumbre. Pero más comúnmente vivieron los señores montañeses re-

tirados en sus casonas y mayorazgos, prefiriendo ser los primeros de su aldea a cualquier puesto en la Corte, aunque sus segundones se hicieran, por su cabeza o por sus puños, obispos y generales, o trajeran de América con qué adquirir títulos y mujeres, de quienes, a la vuelta de pocas generaciones, se pudiera decir lo que de los dineros del sacristán.» (*Peñas arriba*, cap. XV.)

La ley de «desvinculación», de 30 de agosto de 1836, que suprimía por completo los mayorazgos y vinculaciones, en tanto que no perjudicó a la gran nobleza, provocó, sin embargo, la ruina de la aristocracia de segunda categoría. Sus propiedades pasaron a manos de burgueses recientemente enriquecidos, carentes de ética social, lo que, junto con la desamortización de los bienes eclesiásticos, realizada por Mendizábal, contribuyó a crear un latifundismo territorialmente más extenso, económicamente más egoísta y socialmente más estéril.

«—De manera, don Ramiro, que hemos concluido ya los de sangre azul.

—Para *insaecula insaeculorum*.

—Y, por consiguiente, ¡adiós hidalguía, adiós formalidad, adiós buena fe y adiós nobleza!

—Dicen que nos ha sustituido otra de nuevo cuño: la nobleza de los hechos, la aristocracia de la posición, la del dinero.

—¡Nobleza diabólica, aristocracia infernal!

—Pero no hay más remedio que aceptar.» (*Blasones y talegas*, capítulo VI.)

Es así como se aperciben de su final dos arruinados infanzones de la montaña.

Los tipos más significativos de la burguesía madrileña se encuentran un tanto caricaturizados en las novelas peredianas de ambiente cortesano. Don Augusto de Valenzuela, que ocupa un cargo oficial en víspera de la insurrección de Vicálvaro, personifica al hombre público envilecido por los delitos de cohecho y malversación:

«El señor de Valenzuela es un caballero que, si el Código Civil rigiera por igual en España para todos los españoles, estaría años hace arrastrando treinta libras de cadena en un presidio con otros muchos personajes que también gastan coche a costa del Estado...» «Los gastos visibles de ese personaje... no me comprometería yo a pagarlos con diez mil duros. Pues no pasa de sesenta mil reales lo que vale su destino. ¿De dónde sale lo demás?... De manos sucias, de agios, de escamoteos.» (*Pedro Sánchez*, cap. XVIII.)

Otro ejemplar de esta «fauna» de próceres muy expresivo es don Mauricio Ibáñez:

«Era banquero muy rico, parecía querer darlo a entender en su persona cargándola de oro y pedrería, de paños finísimos y de holandas impalpables; y, además, caballero de gran cruz de Carlos III, y capaz de

pesar en oro al ministro que le diera el derecho de poner sobre el escudo de armas que ya usaba en sus tarjetas, siquiera la más modesta de las coronas nobiliarias... Había sido dos o tres veces diputado por un distrito de la provincia de Cáceres, de la cual era nativo él. Sin embargo, nunca pudo romper a hablar a gusto (en las Cortes)... Se echaba de ver bien pronto que lo que le faltaba al reluciente don Mauricio eran ideas para construir y exornar sus malogrados discursos... Sin embargo, de todo lo cual, mareaba a los ministros de Hacienda y se pintaba solo para sacar buena raja de los más duros de veta.» (*La Montálvez*, 1.ª parte, capítulo VIII.)

En cuanto a la burguesía cántabra de negocios fue calificada por Pereda de «verdadera plaga del siglo que corre».

«Raza sin convicciones, sin fe, sin entusiasmo; que llama orden a todo cuanto le garantiza una tranquila digestión, y progreso a todo cuanto redunde en aumento de su caudal; que entiende por patria su hogar doméstico y por sociedad un conjunto de ciudadanos matriculados para vender y comprar tranquilamente fardos de algodón, harinas de Castilla o papel del Estado; raza que transige con todo menos con que se suba un cuarto la libra de pan.» (*Los hombres de pro*, cap. VIII.)

También en las aldeas de la montaña se había fraguado una burguesía compuesta por hombres de procedencia humilde —por lo común, de cepa labradora y en posesión de una peculiar «gramática parda»— que, gracias a sus privaciones y fatigas o a la usura y explotación de sus semejantes, habían creado un caudal. Estaba integrada por caldistas, indianos y jándalos, por lo común trapisondistas en las refriegas del sufragio. Debió su triunfo a la debilidad de la clase que hasta entonces había detentado la primacía (en este caso, los hidalgos), como casi siempre que de metamorfosis sociales se trata, y vino a adornarse con los restos del proletariado aristocrático montañés. Tipos de esta especie son: Simón Cerojo (*Los hombres de pro*), *El Berrugo* (*La Puchera*) y don Gonzalo (*Don Gonzalo González de la Gonzalera*). Todos ellos vienen a crear, en sus respectivos ámbitos geográficos, un desequilibrio social causado por su rapacidad, unas estructuras más angostas que las de antaño:

«Pensaba que al hombre de dinero le sentaba muy bien cierta dureza con sus jornaleros, y con ella les confundía, a la vez que les escatimaba, con reflejos de avaricia, el mísero salario. Murmuraba de ello la gente y trabajaba renegando, y don Gonzalo, para trocar el descontento en admiración, ostentaba en cada lance de apuro... una nueva cadena en su pecho, o un anillo nunca visto en su mano.» (Ob. sup. cit., cap. VI.)

La razón de los prejuicios de Pereda hacia los indianos y los jándalos estribaba en su xenofobia. Los primeros abandonaban el clan para ir a América; los segundos, a Andalucía. Cuando después de un temporal desarraigo del terruño nativo volvían

a la montaña, estos hijos pródigos atentaban contra la pureza del grupo social cobijado en el valle, pues introducían las «nuevas ideas». No otro es el propósito de don Gonzalo: «introduciré en todo él las costumbres modernas; reformaré la manera de pensar de aquellas atrasadas gentes.» Este indianete estúpido de mentalidad progresista, un estudiante demagogo que habla en nombre de la Libertad —Lucas—, y un pardillo enredador —Patricio Rigüelta— son los artífices de la revolución del 68 en un lugarejo de la «geografía moral» de la provincia de Santander (*Coteruco de la Rinconada*). En un breve lapso de tiempo llevan a cabo la descristianización de sus humildes moradores, quienes abandonan sus faenas agrícolas y dejan de asistir a la iglesia para embrutecerse en la taberna.

Ya Luis Ruiz Contreras (*Palmerín de Oliva*) hizo notar que Pereda miraba con excesiva benevolencia a la clase media. Y, en efecto, cuando retrata el autor a la mesocracia de Madrid lo hace con una profunda simpatía transida de ternura. Así ocurre con el cesante don Serafín Balduque (*Pedro Sánchez*) y con las familiares reuniones de cariz sotoburgués habidas en casa de don Magín de los Trucos.

«Del tipo de esta familia las hay a centenares en Madrid: viven de una jubilación, de un destinillo, de una renta mezquina... de cualquier cosa, pero viven, y no deben nada a nadie y son buenas y hasta devotas. Pero tienen la manía de los novios para las chicas.» (*Pedro Sánchez*, cap. XV.)

Este sentimiento se transforma en completa identificación con la norma de vida y la forma de pensar de la burguesía hogareña de Santander (marinos, militares, empleados particulares, tenedores de libros, intelectuales que, por no congeniar con los financieros, que tenían su «senado» en el Círculo de Recreo, establecían sus tertulias en parnasillos particulares, como La Casuca o Las Catacumbas). Rico es el retablo de la clase media que vive en las aldeas de la montaña: el maestro, el médico, el farmacéutico, el abogado y el cura rural han quedado magistralmente fotografiados en las novelas del círculo bucólico de nuestro autor.

Pereda no nos describió la vida del proletariado en la fábrica, sino que tipificó a los artesanos y menestrales de Madrid (el oficial de peluquería de *Un artista*), a los pescadores de Santander (gremio que imprimía tipismo a esta ciudad) y a los campesinos de la región. Ante los problemas del asalariado fabril guardó un hermético mutismo que indica más bien reservas que un total desconocimiento del asunto, ya que fue condeño de la fábrica de perfumes y jabones La Rosario, de Santander. A su fiel discípulo José M.<sup>a</sup> Quintanilla le rogó, con un acento casi imperativo: «Escríbeme sobre esas cosas de ahí, menos de huelgas.» (Madrid, 18 de mayo de 1900.) En sus relaciones epistolares con Pereda incidió por dos ocasiones Menéndez Pelayo en la problemática social del mundo fabril asalariado: «Viene (Oliveira Martins) muy preocupado con las cuestiones sociales de Alemania y muy encantado con la carta del Papa (León XIII) sobre estas cuestiones y con la actitud de los obispos germánicos.» (Madrid, 23 de abril de 1890.) Con motivo de la huelga de más de 50.000 obreros, comenzada en la ciudad condal el 16 de febrero de 1902, que causó víctimas por ambas partes en el choque entre la fuerza pública y los proletarios, refiere el

eminente polígrafo: «Por aquí nada nuevo, más que las terroríficas noticias de Barcelona.» (Madrid, 21 de febrero de 1902.) El novelista dio la callada por respuesta.

Desde 1880 es Pereda un provinciano neto, recluso por propia convicción en Polanco y acorazado por mil prevenciones respecto a la Europa contemporánea, en la que, paralelamente al aumento del nivel material de vida, se da un retroceso de los valores morales, acusado igualmente en las clases privilegiadas españolas. A sus formas sociales hipócritas y convencionales, a su cinismo y corrupción ética, opone la salud espiritual y la naturalidad del pueblo bajo (campesinos y marineros de su provincia), de la benemérita clase media y de la aristocracia «de cuño romántico», a la que él pertenecía por su nacimiento. Esta reclusión en Polanco vino a limitar su autoridad y a hacer que identificara la «cuestión social» con la de los propietarios agrícolas y sus cultivadores. Como el conde León Tolstoi o como Fedor Dostoievski, Pereda contempló los problemas de su época, ante todo la atomización de la sociedad y el creciente abismo entre las clases sociales, desde el punto de vista de la nobleza y de la intelectualidad. Para que se produjera la convalecencia del cuerpo social preconizó dos postulados. En primer lugar, el mantenimiento del cristianismo atávico, primitivo y sentimental de los campesinos. Y, en segundo término, un entendimiento armónico entre los amos y sus colonos y aparceros en un consorcio de buenas voluntades. Para esto último era preciso que los propietarios rurales que consumían en Madrid o en Santander unos días infecundos y parasitarios (como Marcelo, el protagonista de *Peñas arriba*), cesasen en su absentismo e hiciesen acto de presencia en los campos para llevar a cabo una tarea patriarcal. Los privilegios han de acreditarse cada día con actos. El sentido de la preeminencia —social o económica— radica en una moral. El privilegiado es un mandatario de cuantos le acatan y le obedecen, porque a cambio de esta supeditación quieren que él les guíe, no que viva a su costa.

En las novelas campesinas de Pereda encontramos, más que una «democracia social», una «democracia espiritual». Todos los personajes aldeanos, tanto los aristócratas como los plebeyos, luchan por una misma consecución moral: la tranquilidad de conciencia. La sumisión a un mismo imperativo ético, a los preceptos impuestos por una misma religión, es lo que viene a nivelarles. El pensamiento perediano estaba anclado en conceptos patriarcales bíblicos y feudales, e incluso aquellos personajes hidalgos que en sus novelas están más cerca de la realización de sus ideas, son, a lo sumo, seres que hacen feliz al pueblo, pero no auténticos demócratas, puesto que, partiendo de un oscurantismo un tanto retrógrado, desean mantener a los campesinos alejados de las conquistas positivas de las revoluciones del XIX, del derecho a voto y del ejercicio de una ciudadanía que éstas les granjearon, para el que no les capacitan, ya que ello equivaldría a despertarles del letargo de la «santa ignorancia» en que estaban sumidos. Tal es el criterio del patriarca don Román Pérez de la Llosía en *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1879). ¿Late en él una actitud miedosa y acomodaticia?

Hay en los libros de Pereda un «reaccionarismo sentimental» —y a veces doctrinal— que hoy puede parecer trasnochado y anacrónico. Utópica resulta también su teoría de la conciliación entre las clases sociales, basada en el «neopatriarcalismo», que tanto recomendó en ellos. Pero es sumamente hermosa la lección de conducta

individual que encierran, a la cual deberíamos tender en todo instante. Pereda no intentó reformar la colectividad, sino las almas, el individuo concreto, pues, para él, la regeneración de las cosas grandes debía partir de las pequeñas, la convalecencia del «todo» debía iniciarse por sus «partes», y en ello vino a coincidir con las palabras que en 1905, después de la revolución rusa, dirigiera León Tolstoi *Al pueblo de los trabajadores*: «Nada hay más dañoso para los hombres que la idea de que las causas de su miseria no están en ellos mismos, sino en las condiciones exteriores.» Pensemos que la guerra ruso-japonesa y la consiguiente derrota de los eslavos frente a los nipones, consignada por el tratado de Portsmouth, determinó que en Rusia surgiese un pesimismo análogo al que suscitó en España la Paz de París de 1898, con los subsecuentes reflejos literarios.

Arrinconado en Polanco, Pereda vino a jugar la carta de la aldea contra la de la ciudad. Redujo el «problema social» al planteamiento de las relaciones entre propietarios y trabajadores agrícolas, aconsejando a ambos grupos un mismo objetivo para lograr una feliz inteligencia: la prosecución de la perfección espiritual, cada uno de ellos desde su esfera respectiva, sin aspirar nunca a desmesuradas ascensiones económico-sociales. Un «sectarismo muy de derechas» vino a limitar sus perspectivas y a reducir las tesis sociales de sus novelas a una lección de conducta individual que trascendiese primeramente a la comunidad microcósmica de la aldea, propagándose después su influjo benéfico desde esas pequeñas células vitales que son los pueblecillos rurales al «corrompido cuerpo nacional». Lección de sociología ética o de moral sociológica limitada a casos y seres particularísimos, partiendo de premisas singulares y concretas. Si cada cual cumple desde su puesto con su deber, el engranaje nacional marchará mejor. Si el privilegiado tiende a dar ejemplo de amor, de caridad, de desprendimiento en favor de su hermano económicamente infradotado, tal vez sea posible desterrar el rencor, la violencia, la lucha de clases.

